

ciaciones. Teniendo esto en cuenta, la obra es valiosa y de gran utilidad para la moral social. Ante todo alimenta la reflexión y proporciona una interesante aproximación a los temas económicos que cualquier persona, con cierta formación y preocupada por los aspectos morales de la economía, debería conocer.

Gregorio GUITIÁN

A. ARANDA, *Identità cristiana: i fondamenti*, EDUSC s.r.l. («Studi di teologia», 14), Roma 2007, 400 pp., 24 x 17, ISBN 978-88-8333-121-4.

El estudio que ofrece en esta nueva obra el profesor Antonio Aranda —en la que se recogen algunos aspectos de su docencia en la Pontificia Universidad romana de la Santa Cruz— pretende mostrar las bases teológicas de la existencia cristiana: ser a imagen de Dios, ser hijos de Dios en Cristo, estar llamados a la santidad en la Iglesia. Esas mismas bases constituyen, por tanto, el fundamento de la identidad cristiana, cuyos rasgos específicos piden ser de nuevo resaltados en el contexto cultural y social contemporáneo, en parte des-cristianizado y secularizado (cfr. pp. 11-12). Pretende de esta manera establecer una fundamentación según un modelo en el que se estructuren en perfecta continuidad las realidades fundantes de la Trinidad, de Cristo y de la Iglesia. Por tanto, a lo largo de todas estas páginas llaman poderosamente la atención las continuas referencias trinitarias y cristológicas, así como su lógica y sacramental continuación en la eclesiología, según las orientaciones que ofreció el mismo Vaticano II. Nos encontramos pues ante una antropología de la persona humana como imagen de Dios en Cristo, con una profunda entraña cristológica y trinitaria. «La continuidad entre la condición de imagen y la condición filial es propia de la antropología cristiana, radicalmente cristocéntrica. [...] Sólo en Jesucristo el hombre alcanza su plenitud como criatura hecha a imagen de Dios y llamada a ser hijo de Dios» (p. 14).

Se propone aquí una consideración antropológica desde la perspectiva de la creación —el hombre como *imago Dei*— y de la historia de la salvación al ver toda persona humana *ad imaginem Christi*. En primer lugar se detiene Aranda en los fundamentos, sobre todo bíblicos y patrísticos, a la vez que presta también atención a la teología oriental y occidental de todos los tiempos. A partir de los testimonios del *Génesis*, podemos saber no sólo que el hombre ha sido creado a «imagen y semejanza» del Creador, sino también la propia identidad de naturaleza entre hombre y mujer, su condición sexuada, el ser llamado a la comunión, es decir, «la huella del amor divino en lo que se refiere a la persona humana» (p. 25). Además, podemos conocer su unidad material-espi-

ritual, así como su relación de «dominio» con el resto de la creación. En el Nuevo Testamento podemos ver que la persona humana es «imagen del Hijo»: es lo que el autor llama un «esencial giro cristocéntrico», esto es, el paso de Adán a Cristo como modelo, tal como se puede apreciar en la teología de san Pablo (cfr. pp. 32ss.). Al ser Cristo «imagen del Dios invisible» (Col 1,15), el hombre ha de constituirse como imagen de Dios en Cristo: «así nos convertimos en imagen de Dios: somos transformados en esa misma imagen» (p. 36). En esta línea se mueve también la teología de los Padres, que el autor recorre sobre todo a través de los textos de Ireneo, Clemente de Alejandría, Orígenes, Gregorio de Nisa y Agustín de Hipona, quienes desarrollan la presente teología de la imagen a partir de los paradigmas del Logos y de la Trinidad (cfr. pp. 37-53).

Tras esto se ocupa también Aranda con atención del pensamiento en la Edad Media (cfr. pp. 55-68), tanto en el ámbito oriental y occidental, como prescolástico y escolástico. Ahí aprecia Aranda —con apoyo en Javelet— una concepción dinámica, personalista e intencional del ser humano. «El eje en torno al cual giran estas concepciones son la noción de persona como *capax Dei* y ontológicamente marcada por una íntima tendencia hacia la unión con Dios por medio de la contemplación y el amor. La existencia del hombre, creatura personal de Dios, es un volver al Creador a través del conocimiento y del amor» (p. 57). Desfilan por estas páginas los nombres de Bernardo y Tomás de Aquino (y su doctrina de la persona como *imago totius Trinitatis*), así como la teología de la *theosis* en Palamas, más adelante convenientemente desarrollada por Evdokimov. De igual modo se acerca a los desarrollos posteriores a la Reforma, con la pérdida de la imagen de Dios tras el pecado, tal como propone Lutero y después matizan y amplían Barth y Pannenberg (cfr. pp. 68-73, 78-79). Por el lado católico se ofrecen las puntualizaciones y desarrollos de la comprensión cristológica de Scheffczyk y de la teología de la *imago Trinitatis* de Balthasar (cfr. pp. 73-77). Especial atención se le concede a la figura de Karol Wojtyła-Juan Pablo II y a su antropocentrismo cristocéntrico o a lo que el autor llama «la unidad entre antropocentrismo y cristocentrismo» (cfr. pp. 83-132). La enumeración de autores, aunque no resulte exhaustiva, sí es suficientemente ilustrativa.

Tras este primer recorrido exegético e histórico referente a la *imago Dei*, llega la parte sistemática en la que se busca profundizar en el significado trinitario y cristológico de la condición de imagen divina que le ha sido concedida a la persona humana, reflexionando desde la teología del pecado y desde la teología de la cruz del Verbo encarnado. Sería largo hacer aquí una exposición de esas páginas, quizás las más interesantes del libro. Digamos en síntesis que Aranda desarrolla ante todo una teología de la comunión y de la donación per-

sonales, para acercarse a una consideración de la comunión entre Dios y el hombre, para la cual ha sido éste creado, y poder contemplar con hondura teológica la profunda herida del pecado y la grandeza de la obra del Redentor. La herida de la imagen divina por el pecado y la restauración de esa imagen en Cristo son meditadas atentamente, desde la luz del Verbo encarnado y redentor, que ha asumido sobre sí el pecado del hombre y ha cancelado la culpa mediante su muerte y gloriosa resurrección. Propone, pues, el Autor que no se puede ahondar en la teología de la imagen divina en el hombre sin una seria profundización en la teología del pecado y de la acción redentora de Cristo, en Quien está toda la luz. En esas páginas, de las más originales del libro, se ofrece una interesante consideración teológica —con un fuerte componente trinitario-cristológico— del misterio de la imagen, es decir de la persona humana como imagen de Dios.

Después de esta exposición de la «teología de la imagen» se desarrolla una segunda parte dedicada a «teología de la adopción filial» del hombre en Cristo. En primer lugar el Autor desarrolla una aproximación a la noción de filiación divina adoptiva, estudiando sus fundamentos exegéticos, patrísticos y teológicos. Se analizan, por tanto, no sólo los testimonios vetero y neotestamentarios (sinópticos y san Pablo, sobre todo), sino también la teología de los Padres (en especial, Ireneo, Cirilo de Alejandría, Atanasio y Agustín) y de Sto. Tomás de Aquino (sobre todo en el *Comentario a las Sentencias*, en la *Summa Theologiae* y en los comentarios al *corpus paulinum*). Se estudian también las opiniones de los más significativos comentaristas de Sto. Tomás en torno a la cuestión de la filiación adoptiva como participación en la filiación natural del Hijo encarnado. Atendiendo también a la conciencia filial de Cristo como identificación con su misión de mostrar la misericordia del Padre, el Autor sostiene que la teología de la filiación divina adoptiva debe progresar como teología de la conciencia filial del cristiano, entendida, según el modelo de Cristo, como voluntad de manifestar operativamente sobre la tierra, en medio de todas las realidades y de las actividades de los hombres, el amor y la misericordia del Padre.

Finalmente, en la tercera parte, desarrolla el libro una «teología de la santidad», en la que también el Espíritu Santo ocupará un protagonismo claro. En este caso se parte de una reflexión sobre la noción de vocación cristiana como vocación a la santidad, y de un análisis de la doctrina conciliar de la llamada universal a la santidad en la Iglesia. Así, junto al fundamento pneumatológico se insistirá en la profunda radicación cristológica, eclesiológica y sacramental de la santidad del cristiano, que se articula primero en el discipulado y en la *sequela Christi*, y después en la alteridad-identidad con Cristo («convertirse en *alter Christus, ipse Christus*»). Se detiene también el Autor en la relación entre san-

tividad y caridad —se estudian en esas páginas las aportaciones de Juan Pablo II y Benedicto XVI—, y habla de la vía de la santidad cristiana como una integración del cristiano en el «dinamismo de la caridad de Cristo». Otra de las coordenadas fundamentales en que se desarrolla la vocación cristiana a la santidad es su desarrollo en las circunstancias ordinarias; en ese sentido se detiene el autor en la luz que procede de la existencia humana del Verbo encarnado, vivida siempre y consumada bajo el signo de la Cruz, que llena de sentido la cotidianidad santificada a la que llama a sus discípulos (aquí resulta significativo el *excursus* sobre la doctrina de S. Josemaría Escrivá; cfr. pp. 333ss.). Por último, dentro del capítulo que trata de la relación entre santidad y ministerio, resulta muy interesante la explicación que se ofrece sobre la misión de comunión y servicio del sacerdote, así como la reflexión sobre la mutua colaboración entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial.

En definitiva, un interesante desarrollo sobre la identidad del cristiano a partir de los principales misterios de nuestra fe: creación, encarnación y redención en Cristo, santificación en el Espíritu. O dicho en los términos empleados por el autor: a través de la «teología de la imagen», de la «teología de la filiación» y de la «teología de la santidad». Son páginas especialmente útiles y sugerentes, de considerable carga teológica y una latente preocupación pastoral. Un texto, en fin, novedoso que desearíamos ver traducido cuanto antes a nuestra lengua.

Pablo BLANCO